

das por estos son: dice que nadie se preocupa por él, cansado, déficit de atención, se duerme, roba o mendiga, usa drogas o alcohol y abandono escolar para estar en la calle.

Abuso sexual

Cuando un adulto o adolescente usa su poder sobre un niño o niña para establecer una actividad de tipo sexual. Puede usar engaño, amenazas o fuerza física para convencerlo u obligarlo a participar. Las formas son: caricias, besos, manipulación, exhibicionismo, hasta la violación, la explotación sexual, prostitución y pornografía. Es necesario estar atento a las evidencias, pues este maltrato casi siempre está oculto, habitualmente son dificultades en la marcha y para sentarse, dolor y prurito en los genitales, infecciones urinarias, ropa interior sucia o deteriorada.

Las conductas observadas más frecuentes son: subrendimiento escolar, distractibilidad, aislamiento, baja autoestima, mentiras, robos, fugas, comportamiento sexual inadecuado (puede referir que ha sufrido agresión sexual).

Síndrome de Munchausen (maltrato por poder)

Se caracteriza porque el maltratador, generalmente la madre agrede a su hijo mediante otra persona (el médico), simula y describe síntomas y signos falsos o provocados, obligando a hospitalización, exploraciones y tratamientos innecesarios que a veces ponen en peligro la vida del niño.

Maltrato psicológico infantil

Todas esas disquisiciones teóricas son muy útiles y dan luz al problema y a su solución, pero de lo que si nadie tiene dudas es que los niños educados en este ambiente de violencia, sean o no golpeados, van a desarrollarse de manera anormal, lo que constituye un maltrato, sutil, inadvertido quizás, pero tan criminal como el maltrato físico, este tipo de maltrato es el psicológico.

Si el maltrato a la subjetividad es una lesión al desarrollo de la personalidad infantil, entonces podemos argumentar que los adultos responsables del crecimiento del niño (padres, familiares, personal profesional: médicos, obstetras, trabajadores de la salud en general, entre otros) han generado un factor de maltrato cuando, desde la gestación misma, han dejado de prever las condiciones mínimas para su desarrollo fisiológico, psicológico y social. Sin embargo, es necesario hacer una mención mínima de la etiología del abuso subjetivo, para después pasar a perfilar el concepto de *socialización deficiente*, enmarcado a su vez en un conjunto de factores familiares que lo determinan, como son:

- Una familia nuclear disfuncional o mal integrada.
- Un problema de pareja.
- Una familia extensa con fallas en su funcionamiento, en su estructura y la consiguiente dificultad de interrelación

El segundo aspecto a tener en cuenta es la necesidad de precisar el maltrato subjetivo que ha sufrido un niño, estudiando profundamente estos factores:

- Su situación escolar, en función de su aprovechamiento, promoción, avance educativo y conducta.
- El diagnóstico familiar emitido por profesionales capacitados.
- Estudios de trabajo social que evalúen integralmente las condiciones de vida del niño, con especial énfasis en las condiciones de desarrollo.
- Los exámenes clínicos específicos del niño, efectuados por profesionales calificados, con entrenamiento específico en terapia familiar o psiquiatría infantil.
- La observación directa del niño, efectuada en lugares adecuados y por profesionales calificados.

En realidad se desconoce la magnitud de este grave problema, pero si hay algo evidente, independientemente del número de casos, el hecho de que un niño sea maltratado psicológicamente, sea por desconocimiento, sea por omisión, sea por desidia o por pura maldad, es ya algo que debe preocupar.

Debemos tomar las medidas apropiadas, oportunas y necesarias para evitar los daños que implica y promover un trato sano que produzca futuras generaciones felices y satisfechas. En cuanto al crecimiento de esta problemática no se puede afirmar si ha aumentado, pero si podemos asegurar que actualmente se detecta más. Es posible que estemos más alertas los miembros del equipo de salud. Es bueno aclarar que esta situación se da a nivel mundial y no es propia de Cuba.

Se define el *maltrato psicológico* como toda acción que se ejerza contra el normal desarrollo de las potencialidades cognitivas, afectivas, conductuales, integrativas y de relación de los niños.

Se hace evidente que estas acciones que afectan el psiquismo infantil pueden ser de índole objetiva o subjetiva. Las *acciones de índole objetiva* constituyen toda una gama de factores, dentro de los cuales se destacan los genéticos, tóxicos, infecciosos, traumáticos, neurológicos, anóxicos, hemorrágicos, nutricionales, entre otros, que ejercen su influencia negativa desde la concepción, la gestación, el parto y la etapa neonatal. No se puede negar la extraordinaria importancia de estos factores, causa de retraso mental, parálisis cerebral, trastornos del habla y del lenguaje, entre otros. Todos estos factores afectan el normal desarrollo del psiquismo de estos niños y por lo tanto constituyen maltrato.

Ahora bien, queremos enfocar nuestra atención sobre las *acciones de índole subjetiva* que constituyen maltrato hacia la psiquis del niño por entorpecer su desarrollo. La cultura de un pueblo está llena de tradiciones sobre la forma de “educar” a sus hijos. Dentro de estas tradiciones tienen especial fuerza las que se refieren a la forma de mantener la disciplina, la manera de sancionar las faltas, el modo de expresar el afecto, cómo se juega, hasta dónde se permite independencia, aceptación de la individualidad, entre otras. La cultura va a influir en los niños a través de la familia. Puede contribuir de manera importante al bienestar, la felicidad y la salud de ellos. En realidad, así es en la mayoría de las familias, pero no es nuestro objetivo poner de manifiesto lo positivo, lo beneficioso de algunas costumbres. Debemos destacar los aspectos de la tradición que por omisión o por acción van a ser dañinos para el normal desarrollo

psicológico de la infancia y, por lo tanto, hay que ponerlo al descubierto para controlarlo y erradicarlo.

No es tarea fácil convencer a los padres de que estas tradiciones en las cuales fueron “educados” ellos, sus padres y sus abuelos pueden ser dañinas a sus hijos. Frases como “así me educaron a mí y mírame aquí bueno y sano”, “la letra con sangre entra”, entre otros, se transmiten de generación en generación y se hacen ley. Encubren y justifican el efecto negativo que producen estos modos de relación.

No voy a hacer referencia a todas las costumbres, mitos, hábitos y reglas familiares que constituyen maltrato, solo voy a establecer una generalización sobre lo que significa la no satisfacción de las necesidades psicológicas de los niños por parte de la familia. Esta omisión es el abuso más sutil, más difícil de detectar, por lo tanto, más difícil de evitar y de resolver. Solo a veces en el conocimiento más íntimo de la dinámica familiar y las interacciones que ocurren en la terapia familiar esto se pone de manifiesto.

La familia debe proporcionar un terreno de entrenamiento protegido en el cual el niño aprenda a vivir como miembro de la sociedad. La familia es la unidad social primaria universal, por lo que ocupa una posición central para la comprensión de la salud en general y de la salud mental en particular. El primer ambiente social de los seres humanos es la familia. Es por un lado un lazo entre las generaciones que permite la estabilidad de la cultura y por otro lado es un elemento crucial en los cambios culturales.

La familia es una sociedad en miniatura en la cual se adquieren los hábitos de conducta social que pueden persistir durante toda la vida. Al principio el niño depende completamente de los padres, pero más tarde exige y debe proporcionársele, cada vez más independencia y autonomía en sus actividades. Es importante no pedir demasiado al niño en lo que se refiere al autocontrol y la responsabilidad de sus acciones, al mismo tiempo si se hace demasiado por él puede retrasarse su creatividad y el proceso de hacerse independiente.

El niño tiene *necesidades psicológicas* que la familia debe satisfacer ya que de no ser así se compromete el desarrollo

intelectual y afectivo. El comportamiento será exactamente contrapuesto a las expectativas y esperanzas del niño y de su familia.

El *afecto* es una de las mayores necesidades. La no satisfacción de la necesidad de afecto durante los primeros años provoca graves cambios en la personalidad. El rasgo característico es una pobreza de respuesta emocional. No habiendo sido amados nunca no saben que es el amor. Las relaciones interpersonales son difíciles. Son inabordables, incapaces de trabajar armónicamente en grupo, difíciles de ser influenciados positivamente. Este síndrome llamado *hambre de afecto primario* es una muestra de cómo el omitir una acción es así mismo una acción dañina que constituye un maltrato real, pero no tan evidenciable.

El *juego* le permite al niño “practicar” los modos de conducta social que necesita para su desenvolvimiento diario. Existe la tendencia errónea de considerar el juego una diversión un entretenimiento y no una necesidad. Es cierto que el niño se divierte jugando como todos nos divertimos en una cena, pero a nadie se le ocurre pensar que por ello la alimentación constituye una diversión. El juego estimula la creatividad y el aprendizaje, constituye una válvula de escape para las emociones (ira, temor, celos, amor, tristeza, ansiedad, entre otras). En esa forma clara y sencilla hay que explicárselo a los padres. Una importante razón para proporcionarle al niño oportunidad de relacionarse con otros niños de edad similar con los cuales compartir y competir se basa en el hecho de que interactuar con ellos dará por resultado un mejor ajuste social. No hacerlo puede tener muchas justificaciones, se pueden esgrimir muchos pretextos (falta de tiempo, de espacio, de posibilidades...), pero a todas luces es injusto.

La *disciplina* es necesaria para que el niño aprenda a aceptar la autoridad y adquiera la capacidad de atenuar o limitar sus impulsos, prescindir de placeres inmediatos, en función de una meta futura. Tal conducta es necesaria en toda situación a enfrentar. Tanto sí la tarea es aprender una profesión como si es mantener una promesa, el individuo debe estar dispuesto a hacer los sacrificios necesarios para alcanzar esa meta. Surgen

problemas cuando los padres esperan obediencia implícita, cuando las restricciones son demasiado numerosas, cuando las exigencias son incoherentes. También cuando los padres son demasiado tolerantes, inconsistentes o carecen de sentido de autoridad, los resultados serán inadecuados. Crea deficiencias disciplinarias si las normas de la familia difieren esencialmente de las del grupo social en su conjunto. La indisciplina es a veces señal de que los niños son rechazados, sobreprotegidos o se sienten inseguros del afecto de sus padres.

La *seguridad* que debe brindar la familia es fundamental para mantener alejados temores y ansiedades, lo cual le permite centrar su atención en la adquisición de habilidades y capacidades. Un niño inseguro va a tener dificultades en su aprendizaje, en sus relaciones interpersonales y en última instancia en su personalidad.

La madurez psíquica y social para comenzar la etapa escolar depende en alto grado de la *independencia* que el niño haya adquirido. Esta a su vez es el resultado de la educación para la independencia que se le haya dado en la edad preescolar. Desde esa edad se le debe dar al niño cierta autonomía de acción fuera del hogar y la familia. Decidir sobre asuntos que le conciernen a su identidad, por ejemplo: la ropa que desea usar, que le gustaría comer, a que prefiere jugar, escoger sus compañeros de juego..., actuar con sentido de responsabilidad, emular con otros en el rendimiento. En las familias que cumplen estas premisas, con la dosificación adecuada, los niños alcanzan más rápidamente la madurez necesaria, que en aquellas que limitan exageradamente sus posibilidades reales.

El niño como todo ser humano necesita *aceptación*. La adscripción a un grupo es imprescindible. Ante todo, al primer grupo de adscripción al que se necesita pertenecer es a la propia familia, de allí que la aceptación por parte de ella sea tan importante. Claro esta, que si el niño no es aceptado por la familia va a encontrar también dificultades para ser aceptado por el grupo de pariguales. La pérdida de autoestima le hará difícil las relaciones en la escuela y en el juego. El rechazo puede aparecer desde el embarazo y va desde una ligera indiferencia hasta una aversión intensa. El niño a veces parece estar confor-

me y aceptar la situación, sin embargo, se muestra inseguro. Al no ser amado puede que se muestre indiferente a sus padres. Al crecer no aprecia su hogar y se torna abiertamente resentido. Los efectos de esta ausencia de aceptación son aún más destructivos si el niño es internado en una institución.

El niño logra los elementos de su *identidad individual*, o sea, gana conciencia de su esquema corporal, de su nombre y sexo, alrededor de los dos y medio años. De ahí en adelante esta identidad individual va a ir desarrollándose hasta que en la adolescencia ya el niño toma conciencia de individuo como tal y, además, conciencia de su conciencia, que es la máxima expresión de identidad. A partir de ahí la identidad va a seguir creciendo de acuerdo con las adquisiciones cuantitativas y cualitativas que va teniendo. Pero se puede negar que lo más importante de la adquisición de la identidad ocurre en la primera infancia y la adolescencia, son dos saltos cualitativos que definen la personalidad, ya que si no ocurren o lo hacen deficientemente las consecuencias son nefastas. La familia tiene como función brindar el marco adecuado para que esta identidad aparezca y se desarrolle. Esto ocurre de forma natural y espontánea en todas las familias normales y los detalles sutiles dependen mucho de todos los demás factores que influyen en este proceso.

El *aprendizaje y la creatividad* son dos atributos que deben ser estimulados por la familia ya que de estos depende un desarrollo pleno de la personalidad. Si al niño se le reprime desde la edad preescolar por preguntar ¿por qué? o ¿cómo?, impulsado por su curiosidad, quizás pierda o disminuya esa necesidad innata por aprender y conocerlo todo, tan útil en el aprendizaje. Una madre o un padre adecuados responderán siempre a las inquietudes de su hijo respondiendo a su curiosidad o canalizando sus necesidades de saber por la senda correcta, si es que ellos no pueden responder. Permitir que el niño experimente e interactúe con sus juguetes o con objetos no peligrosos estimula su creatividad. No dejar usar a los niños sus juguetes porque los rompen y después exhibirlos con orgullo, como muestra de lo cuidadosos que son, nos parece un crimen contra la niñez.

Actitudes inadecuadas de los padres

Las actitudes de los padres provocan muchas veces daño permanente en el psiquismo infantil y de ellas expondremos las más definidas.

Sobreprotección

Es exceso de afecto, una exageración de la actitud afectuosa normal. Se usa generalmente este término para caracterizar la conducta de las madres cuya devoción por los hijos es extraordinariamente intensa. No permiten que intereses competidores se interpongan en sus deberes maternales y así reducen las actividades en otros aspectos de la vida (conyugales, sociales, intelectuales...) a un mínimo. Se dividen en dos grandes grupos: las puras y las culpables compensadoras. Las puras son mujeres que muestran excesivo cuidado hacia sus hijos por verdadera devoción. Las culpables compensadoras son mujeres que protegen extraordinariamente a sus hijos para ocultar o compensar actitudes hostiles o de rechazo de la que generalmente no se percatan. La mala conducta del hijo, consecuencia directa de la solicitud excesiva de la madre, puede conducir a un rechazo secundario. La sobreprotección por parte de las abuelas es frecuente, pero también puede haber sobreprotección por parte del padre, el abuelo, los hermanos u otra persona que viva en el hogar. Los factores que provocan la sobreprotección de la madre se pueden dividir en tres grupos: impulso maternal excesivo, factores externos (pérdida de un hijo, maternidad tardía, entre otros) y privación emocional sufrida por la madre durante su primera infancia.

Permisividad

El niño recibe todo lo que quiere, siempre que sea económicamente posible y se le deja hacer todo lo que desea. Las hijas de madres excesivamente afectuosas o sobreprotectoras son muchas veces permisivas. Los padres cuya niñez ha sido insatisfactoria a causa de limitaciones o penurias económicas a menudo se muestran excesivamente permisivos. La permisi-

vidad impide el desarrollo emocional del niño manteniéndolo en un estado de dependencia infantil. El niño mimado es un niño exigente, acostumbrado a tener lo que desea, que insiste en una pronta respuesta. Sus demandas son a menudo irrazonables, porque todas las solicitudes razonables ya han sido satisfechas. Espera ser lisonjeado y se lleva mal con otros niños que no ceden ante él. No puede confiarse en su comportamiento cuando está de visita. Es posible que los padres al final se muestren irritados.

Exceso de ansiedad

El exceso de ansiedad se ve a menudo en los padres cuando ha existido una enfermedad grave o muerte de algún hijo. Es también frecuente en familias con un solo hijo. Se asocia generalmente con afecto exagerado, sobreprotección y permisividad. Las actividades del niño se limitan por miedo a que contraigan una enfermedad o que sufra un accidente. No se le permite jugar con otros niños o practicar un deporte. No se le permite salir sin la compañía de un adulto. El niño generalmente responde con miedo, timidez, cobardía y vergüenza. Le hace dependiente de sus padres y es posible que se vuelva aprensivo y ansioso acerca de su salud.

Rechazo

Es posible que ocurra el rechazo en cualquier conjunto de circunstancias en que el hijo no sea deseado. Sin embargo, los hijos no deseados pueden llegar a ser amados y los hijos deseados a veces son rechazados. La mayoría de las madres que rechazan a sus hijos son inmaduras, inestables, neuróticas y en ocasiones realmente psicóticas. Muchas de las madres que rechazan a sus hijos han sido rechazadas cuando niñas. Las características que se encuentran con mayor frecuencia en los padres son la discordia, la falta de afecto, la aversión a la gestación, el matrimonio forzado o matrimonio que encontró oposición entre los parientes o interfirió en la carrera universitaria. El rechazo es frecuente cuando el niño tiene

un grave defecto como parálisis cerebral, retraso mental, invalidez, defectos sensoriales o autismo. Los padres a veces rechazan al hijo por no ser del sexo deseado. El rechazo puede ser abierto, es decir, obvio y reconocido por el padre y la madre o puede estar oscurecido por esfuerzos conscientes o inconscientes de ocultarlo. La conducta de los padres hacia sus hijos se caracteriza por severo castigo, desprecio, regaños, indiferencia, irritación, amenazas, trato incoherente, suspicacia, resistencia a gastos y desfavorables comparaciones con otros hermanos y niños. El defecto de personalidad que más sobresale en el niño rechazado es la falta de un sentimiento de pertenencia. La ansiedad puede ser prominente. Cuando el rechazo de los padres es abierto generalmente el hijo reacciona con agresividad y deseo de tomar represalias mezclado con hipersensibilidad e infelicidad. Es probable que se muestre egoísta, resentido, vengativo, desobediente, pendenciero e hiperactivo. No son raros el robo, las rabietas, las mentiras y las escapatorias.

Exceso de autoridad

Algunos padres son incapaces de aceptar al hijo tal como es, pero exigen que actúe de conformidad con las ideas de ellos. Se ejerce un gran esfuerzo y excesiva autoridad para tratar de “enseñarles”. Los padres con un sentimiento de inferioridad asumen una actitud dominante para mantener su dignidad. En ciertas familias hay una creencia de que esta es la mejor forma de preparar al niño para el futuro. Una respuesta característica del niño pequeño a la autoridad excesiva es sumisión acompañada de resentimientos y evasión. A veces recurre a la lentitud en el comer, el vestir, el bañarse entre otras. La rebelión abierta contra la excesiva autoridad se manifiesta en conducta inquieta, mentir, robar y faltar a la escuela.

Identificación

La identificación de los padres se refiere a la actitud de los progenitores que vuelven a vivir su vida en su hijo y desean

para él ciertas ventajas que no pudo obtener para sí. Es una actitud natural en los padres, pero puede exagerarse mucho. Los padres con esta actitud puede que impongan al hijo sus intereses en el deporte, la música o el prestigio social. Los padres con esta actitud por lo general están sinceramente deseosos de ayudar a su hijo y a menudo se les puede hacer comprender la verdadera situación.

Perfeccionismo

Se caracteriza esta actitud por la necesidad de alcanzar la perfección en todo lo que se emprende. Cuando nace un hijo su crianza se considera como algo que se necesita hacer bien. Se concentran todos los esfuerzos en el lactante y en alcanzar notables éxitos mientras el niño permanezca receptivo. Al avanzar el desarrollo y aumentar la necesidad de conducta independiente, la madre, lejos de aceptar la etapa más madura del niño, concentra todas sus energías en modelarlo según su plan. Va continuamente tras él, con sugerencias, consejos e instrucciones. La necesidad de obtener un resultado perfecto se aplica no solo al hijo, sino al aspecto de ella, a su hogar, a sus tareas domésticas. Al crecer el niño se le niega aprobación y se da poco crédito a su aprovechamiento. Es característica la presión ejercida sobre el hijo para que alcance el primer lugar en muchos campos. Un niño pequeño no puede comprender esa necesidad tan exagerada de orden y perfección. A menudo el niño reacciona con mal dormir, anorexia, hábitos nerviosos y conducta inquieta.

Exceso de crítica

Algunos padres tratan al hijo como un ser inferior y a menudo le ridiculizan y humillan. El orgullo del niño se lastima y pierde la estimación de sí mismo. Se siente inferior a sus compañeros, infeliz, tímido e insatisfecho. Puede reaccionar con tensión emocional, hiperactividad, hábitos nerviosos, retraimiento, volverse indebidamente dócil y tímido o reaccionar con conducta agresiva y desafiante.

Inconsistencia

La disciplina para que tenga éxito, es decir, para que sea aceptada, supone que por parte de los padres haya una clara conciencia de las necesidades del niño para madurar y el respeto que ello implica. El niño debe aprender a tener consideración hacia otros y a respetar la propiedad ajena. Los problemas disciplinarios pueden comenzar durante el periodo en que surge la dependencia de sí mismo, o sea, la autonomía. La disciplina debe ser consistente. El niño debe saber por qué, debe saber además lo que puede y no puede hacer. Debe saber que si transgrede inevitablemente recibirá desaprobación. La confusión que produce la inconsistencia de permitir algo en una ocasión y rechazar lo mismo en otra, de acuerdo con el estado de ánimo de los padres es razonable que ejerza un efecto adverso en los niños. Estímulos inconsistentes provocan neurosis en los animales, por lo que podemos deducir que en los niños, seres más sensibles, tengan también repercusiones negativas. El niño puede que reaccione haciendo lo que desea o lo que es peor no sabiendo que hacer, mostrándose indeciso como conducta habitual. Como resultado de todo esto llegan a veces a despreciar la autoridad no solo del hogar sino del mundo exterior también.

Se han expuesto, en síntesis, nuestro criterio acerca de que es el maltrato psicológico, como la tradición y las reglas familiares que se derivan lo encubren y lo justifican. Como se puede maltratar por acción dañina o por omisión de la satisfacción de una necesidad psicológica.

Somos optimistas, confiamos en que esa poderosa institución, la familia, sea capaz de asimilar estas concepciones para prevenir, atenuar o eliminar todo lo que atente contra la felicidad de nuestros niños y de la propia familia. Estamos nosotros comprometidos y obligados a hacerles llegar este mensaje de amor y solidaridad. Es evidente que para que la familia logre ese objetivo tiene que conocer y ser capaz de controlar todas las influencias perniciosas que la modernización, la urbanización y los medios masivos de comunicación pueden ejercer sobre esas personalidades en formación. Es por ello que la violencia

familiar no solo puede surgir en el seno de esta sino que puede ser inducido desde fuera por esos “maravillosos” medios. Corresponde entonces a la familia “filtrar” ese poderoso influjo, que bien administrado puede ser de enorme utilidad

Tratamiento preventivo

En vista de que estamos enfocando en este momento el maltrato como un factor de riesgo es oportuno enunciar algunas medidas que debemos aplicar cuando detectemos este hecho con el propósito de prevenir. Padres, maestros y equipo de salud, deben conocer que toda acción terapéutica es una intervención colectiva. La primera acción debe ser establecer contacto *con la familia* para diferenciar las dificultades del niño de las dificultades de ella e identificar las conductas saludables (factores protectores). Adecuar la disciplina consciente, sin perder la calma (control y sabiduría). Si algún familiar presenta trastornos debe ser tratado.

Cuando el sistema familiar está totalmente desestructurado o la dinámica interaccional es muy patológica, se hace necesaria la terapia familiar.

Al niño hay que escucharlo con atención. Muchos piensan que el castigo es por su bien. Tienen dificultad para hablar de ello por miedo o por lealtad. Creer en él, darle confianza y garantizarle que se le va a ayudar. Ayudarle a valorar su cuerpo, en contraposición al sufrimiento padecido, mediante representaciones teatrales, expresión corporal, deportes, entre otras, permitir expresar la agresividad a través del juego, la pintura y la cerámica. Reconocer sus capacidades y habilidades. Reforzar y alentar sus logros.

El maltrato es un acto que nos muestra el lado oscuro de la vida humana. Es manifestación de la capacidad que tenemos para ser intolerantes y agredir destruyendo. Es un acto impulsivo, irracional y casi siempre impredecible. Es la vivencia del odio, en que se descarga la cólera contra alguien indefenso que, además, depende de nosotros. Es abuso de poder, opacamiento del amor y desaparición de la capacidad de proteger. Es no reconocer que el niño es tan persona como el adulto. Un

ser único y diferente. Todo niño maltratado sufre, necesita ayuda; está muy asustado y desconfiado de los adultos, cree ser merecedor del maltrato (“me lo hacen por mi bien”). Todo maltrato físico es maltrato emocional.

En salud mental infantil asistir es también prevenir.

Como resultado del abuso hay niños que se refieren con odio a su “yo”. Ante un niño víctima de repetidos abusos se descubrió que un maestro lo trataba amablemente. Ese hecho se identificó como un “logro aislado” y se procedió a hacer preguntas para incitar al niño a darle significación, como las siguientes:

- ¿Qué hizo que tu maestro se diera cuenta de que (el adulto que perpetró el abuso) estaba ciego?
- ¿Qué parte de ti le dijo esto a tu maestro?
- ¿Qué le hizo saber a tu maestro lo que tú conoces de ti mismo? ¿Si ese adulto no hubiese estado tan ciego como habría modificado su actitud respecto a ti? ¿Crees que tu vida habría sido diferente si este hubiera sabido lo que hay que saber sobre ti?

Estas preguntas que hacen circular versiones alternativas y las que hacen adquirir conciencia de la producción de las producciones, socavan el odio de sí mismo y se oponen a la mutilación de su vida y de su futuro.

Atender es escuchar y contener los afectos. Una de las funciones de la terapia es ayudar a entender lo que se siente y lo que se piensa, promoviendo la expresión verbal de lo que aflige. Es escuchar con calidez y atención lo que la persona siente y dice que le ha ocurrido. Solo escuchando es posible contener sus afectos, es decir, creerle y ayudarle a entender lo que le confunde, le abruma, le hace sentir culpable, temeroso o lleno de rabia. Intervenir exige que estemos dispuestos a comprometernos con el conflicto, pero discriminando entre nuestros sentimientos y recuerdos de los que pertenecen al paciente.

Si queremos reemplazar a los padres o nos llenamos de rabia, no podremos ayudar. Si la situación nos sobrepasa emocionalmente y somos conscientes de ello hay que desistir. Discutir casos en grupo es muy útil y sano.

Algo muy en boga en los últimos tiempos son las acciones para la promoción de factores protectores orientadas a que las familias sean capaces de conocer, reconocer, promover y reforzar actitudes y conductas incompatibles con el maltrato y que aseguren la protección y cuidado de los niños.

Acciones para la promoción de factores protectores

Durante el embarazo:

- Apoyo emocional y autocuidado.
- Preparación integral para el parto.
- Preparación para la crianza.
- Integración a redes de apoyo social.
- Presencia del padre en el parto y periodo perinatal.
- Acariciarlo a través del vientre.

Durante el periodo de lactante y preescolar:

- Desarrollo de los vínculos tempranos.
- Fomento y apoyo a la lactancia materna.
- Conocimiento de las etapas del desarrollo.
- Estimulación psicomotora, afectiva y social.
- No violencia para la solución de conflictos.
- Establecer un balance entre libertad y seguridad.

Durante la edad escolar y adolescencia:

- Refuerzo de los contenidos anteriores.
- Adaptación y rendimiento en la escuela.
- Educación sexual.
- Promover la socialización y la autoestima.
- Reforzar la identidad.
- Favorecer la presencia de un adulto significativo.
- Desarrollar la capacidad de comunicación afectiva.

El maltrato de los medios masivos de comunicación

La salud es el bien más preciado del ser humano. “Los niños nacen para ser felices” dijo José Martí. Todo lo que atente